



Un héroe singular (*Petit Paysan*) de Hubert Charuel (2017)

Por VIRGINIA VACCARO

“El príncipe de las vacas”

Guionistas y directores de cine buscan normalmente sorprender con historias inusuales, creativas, nuevas propuestas que impacten al espectador y sean capaces de renovar un género. Pero algunas veces sucede que son las historias más sencillas, aquellas que se asoman tímidamente, las que dejan una huella más profunda.

Este fue el caso de “Petit Paysan” en 2017. Una historia simple, completamente lineal, con pocos personajes y, *a priori*, sin elementos para seducir al gran público. Y, sin embargo, en los premios César consiguió alzarse como mejor ópera prima (entre otros premios). A partir de ese momento, el éxito de crítica y de público la acompañó.

Y no es de extrañar ya que, bajo su sencilla y austera apariencia, respira

una película que ofrece innumerables capas de lectura. Y curiosamente, en estos tiempos de pandemia (¿post-pandemia?), podemos realizar una nueva relectura del film y comprender mejor algunas de las ideas que sugiere.

Hubert Charuel es un director con una trayectoria muy corta tras las cámaras y con una biografía muy unida a su filmografía, o viceversa. Hasta la fecha, el único largometraje de ficción que ha estrenado ha sido el que aquí nos ocupa. Previo a éste, realizó varios cortometrajes y después de “Petit Paysan” únicamente ha dirigido un documental (“Les vaches n’auront plus de nom”, “Las vacas ya no tendrán nombre”), rodado en la misma granja en la que sucede toda la acción de su largometraje y que nos habla sobre el momento en que sus padres tuvieron que vender todas las vacas cuando se jubilaron.

La simbiosis entre su vida y su obra es un caso curioso en este director. Él se crió en la granja que aparece en la película, en Droyes (Haute-Marne), y sus padres eran ganaderos. Abandonó la granja para seguir sus estudios de cine en la prestigiosa La Fémis (París), pero sin duda no pudo olvidar un suceso que fue el catalizador de esta historia: cuando tenía 12 años pudo sentir claramente la angustia de sus padres ante la epidemia de las “Vacac Locas”, en los años 90: “Mi madre decía que si la infección llegaba a nuestro establo, se suicidaría”, recuerda el director.

Así pues, cuando Hubert Charuel decide ponerse tras las cámaras, su opción es rodar en la misma granja en la que se crió. Y, no sólo eso, sino que además a su padre le reserva el papel de padre del protagonista. La línea que separa su realidad de su ficción es en todo momento muy fina,

así como discontinua, dejando que una parte alimente a la otra.

La historia de este héroe singular (horrenda traducción de un título con muchos más matices en francés), es sencilla: Pierre trabaja en la granja de sus padres y es el mejor ganadero de la región. Una epidemia bovina empieza a surgir en la vecina Bélgica y su preocupación como ganadero va creciendo. Sabe que, si una sola de sus vacas se contagia, deberá sacrificar al resto. Lo más temido por él, acaba sucediendo. La epidemia llega a su establo. A partir de aquí, Pierre decide arriesgarse y esconder la verdad para salvar a sus animales.



La película arranca con una escena maravillosa en la que el protagonista despierta en su cama - como le veremos hacer muchas otras veces-, y a su alrededor todo son vacas. Vacas en el dormitorio, en el baño, en la cocina. Apenas puede caminar entre ellas. Pierre desayuna de pie en la cocina mientras mira a una de ellas delante de él. Esta secuencia, que luego sabremos que es onírica, está narrada de la misma forma realista que el resto del film. Nada nos indica que es un sueño, creemos que realmente es así como vive el protagonista. Como director, esta es una forma magistral de presentar a Pierre. Con sólo esta secuencia, Hubert define a su personaje de forma completa: las vacas ocupan todo su

Toda la película se narra desde un tono realista y crudo. Hubert no admite concesiones de ningún tipo. Se acerca de manera frontal a su protagonista y su dilema. A veces, llega a ser casi un documental. La liturgia a la que la vida de Pierre está atada aparece ante nuestros ojos una y otra vez: se despierta al alba, desayuna, saca las vacas a pastar, les da de comer, las ordeña, las vuelve a sacar al campo. Sin música de fondo, sin crear poética utilizando la estética, el director muestra la realidad y la dureza de la granja tal y como él mismo la vivió. Es un mundo sin descansos, movido por el ciclo de ordeño de los animales.



espacio, mental y físico, e incluso en sus sueños, ellas se encuentran presentes. Y eso es lo que posteriormente se irá desgranando, esa unión tan fuerte de Pierre a su ganado, a las treinta vacas que han organizado sus ritmos de vida y le han dado una razón para existir.

Curioso es también el género de este largometraje. De estructura sencilla y narrativa lineal, podría identificarse como un *thriller* rural. Hubert Charuel consigue que este drama llegue a tener altos momentos de tensión, que el espectador se cuestione primero qué pasará si una de sus vacas se contagia y, después, cómo va a conseguir Pierre salir impune a medida que esconde los cadáveres, cambia las identidades de las

vacas, roba animales de otras granjas, etcétera. Lo magnífico de esta ópera primera es que siempre mantiene el equilibrio entre el “casi documentalismo”, el *thriller* y el drama de su protagonista. Es cierto que en la parte de *thriller* existen algunas secuencias superfluas, pero eso no le resta mérito alguno.

La película se sustenta casi por completo en el personaje de Pierre, quien prácticamente aparece en todas las escenas. Cabe mencionar la maravillosa interpretación de Swann Arlaud, un actor que con su rostro enigmático consigue transmitir toda la angustia del personaje. Sus silencios, sus miradas, su forma de acariciar a los animales, nos acercan a alguien poco común.

En la figura de Pierre se erige un relato complejo. Esta persona corriente,

es un paradigma de las grandes incongruencias de nuestros tiempos y a la misma vez es un ejemplo de alguien que se alza desde su pequeñez para derrocar muchos de los males de nuestro sistema. Y de ahí la precisión de su título original: “Petit Paysan”, el pequeño campesino. Literalmente, es pequeño por el tamaño de su explotación ganadera, ya que sólo tiene 30 vacas, pero sobre todo es pequeño, minúsculo casi, en comparación a todo lo que va a tener que enfrentarse, en especial a un sistema tan complejo y burocrático como es el de las instituciones ganaderas controladas desde Bruselas y la Unión Europea, lo que no deja de hacerle una víctima más del neoliberalismo y la globalización imperante.



Pierre es un David contra Goliat. Uno de los temas secundarios de los que la película nos habla es de cómo las formas de vida tradicional de las granjas (y por extensión, la mayor parte de formas de vida) van quedando atrás fagocitadas por la automatización, la

intensificación, la superproducción, el juego de las reglas del libre mercado... la despersonalización y el anonimato, a fin de cuentas. Pierre representa el tesón, la capacidad de lucha infinita, hasta las últimas consecuencias, a sabiendas de que la lucha está perdida

antes de que haya empezado. Este modesto granjero, este “petit paysan”, poco puede hacer ante un devenir imparable. Como dice el realizador, “el día que las vacas dejarán de tener nombre propio acabará por llegar”. De ahí es de donde surge el título de su posterior documental: “Les vaches n’auront plus de nom”, “Las vacas ya no tendrán nombre”.

Este canto del cisne de la ganadería tradicional se refleja muy bien a lo largo de toda la película. Por ejemplo, en el control riguroso que los ganaderos deben seguir día a día, apuntando todo lo relacionado con las temperaturas de las vacas, cantidades de leche extraídas, continuas vacunaciones, censos, etcétera. El film nos muestra cómo asiduamente burócratas de la región visitan las granjas para llevar un registro exhaustivo de todo esto. La amenaza de Bruselas, esa maquinaria administrativa y sanitaria, sobrevuela la película en todo momento.

La evolución entre el mundo rural tradicional y el futuro que le espera lo vemos ilustrado en la figura de uno de los pocos amigos de Pierre. Cuando éste visita la granja de su amigo, se vislumbra claramente cómo será ese futuro: mecanizado, despersonalizado, frío, aséptico, transformando a los animales en parte del engranaje, en meros cuerpos de los que extraer un producto con el que llenar los lineales del supermercado, un producto extraído a la fuerza de unas madres que nunca alimentarán a sus propios hijos. Pierre visita una granja donde las máquinas de ordeño robotizado se acoplan a las ubres de las vacas sin necesidad de contacto humano alguno: ahí no hay caricias, no hay palabras de cariño, no hay nada que las deje saber que son una vida.

Su amigo controla todos los indicadores de cada una de las vacas mediante una aplicación en su móvil, disponible las 24h. Nuestro protagonista le pregunta al compañero: “¿Y esa aplicación te dice si ellas están contentas?”. Más tarde, cuando una de esas vacas desaparece de la futurista granja, Pierre comenta: “¿Y la vaca no te ha enviado un sms?”. Pierre, siempre tan serio y preocupado, utiliza su ironía ante ese mundo venidero, el sarcasmo como coraza contra lo inevitable.

La crítica a cómo la Unión Europea gestiona las crisis también encuentra su voz en “Petit Paysan”. Pierre es un personaje airado y frustrado a la vez contra este mastodonte ante el que se encuentra desarmado. Sus decisiones son implacables, imposible rebatirles nada.

A lo largo del film, Pierre se conecta asiduamente a *YouTube* para seguir el caso de un ganadero belga cuyas vacas se infectaron de esta fiebre hemorrágica. El ganadero belga explica sin tapujos cómo tras el primer caso, los veterinarios de la UE fueron a su granja, sacrificaron a todas las vacas y desinfectaron todo. Sin que él pudiera hacer nada. Quedando totalmente en sus manos.

Posteriormente, Hubert Charuel aún es más crítico. En otro video de *Youtube* a los que Pierre se ha aficionado, vemos cómo el ganadero belga explica que está en la ruina, que aún no ha recibido compensación alguna de la UE y, lo que es peor, él mismo se ha infectado a través de las vacas y le están dejando morir. La única medicación que se han preocupado de recetarle desde la UE es un sedante para aliviar su sufrimiento frente a la muerte. En otro momento de la película, el mismo granjero belga le abre los ojos a Pierre y le dice que no puede estar

esperando una vacuna para el ganado, nunca va a llegar, no les interesa.

Me pregunto cómo habrá vivido Hubert Charuel estos tiempos de coronavirus. Qué paralelismos habrá encontrado entre la realidad y su ficción. En esta segunda década del año 2000 nos hemos acostumbrado a

escuchar la palabra “zoonosis”, aquellas enfermedades que se transmiten de los animales a los seres humanos. Más que nunca, el momento presente nos permite comprender mejor el miedo de Pierre a que el contagio llegue a su granja y sea imposible detenerlo, e incluso el miedo a contagiarse él mismo.



En su ensayo “Mirar”, John Berger nos dice: «Hoy persisten vestigios de este dualismo entre quienes viven íntimamente con los animales y dependen de ellos. El campesino se encariña de su cerdo y se alegra de poder hacer la matanza. Lo que es significativo y tan difícil de comprender para el observador urbano es que las dos frases de esta oración están unidas por “y” en lugar de “pero”».

Esta dualidad, esta capacidad de disociar su amor por las vacas y el hecho de estar explotándolas es algo innato en Pierre, es lo que siempre ha vivido, lo que se le ha enseñado. Sin

embargo, Pierre ama a sus vacas. Es por eso que, como dice Berger, para el espectador urbano los sentimientos frente al personaje y lo que le sucede puede resultar una paradoja.

Por un lado, la mayor parte de sus vacas tienen nombre propio. Encontramos a Cactus, Topaze, Griotte y la recién nacida Binou. Y, al mismo tiempo, por imposiciones legales, cada una lleva su crotal en la oreja con su número (que indica su censo y a qué granja pertenecen). Él las llama por su nombre, pero cuando nace la ternera no deja de decirle: “Tú eres de serie B,

te llamarás Binou”. Las dos cosas en la misma frase, la distancia y el amor.

Y de la misma manera, Pierre, que asiste casi con lágrimas en los ojos al nacimiento de un nuevo ser, contemplando su inocencia (se trata de Binou), horas más tarde es capaz de separarla de su madre y de no dejar que se alimente directamente de sus ubres, él mismo le prepara la leche en un cubo y la enseña a beber de ahí... aunque su madre esté al lado, con las ubres llenas. Todo esto son procesos normales para él, nunca se detiene a pensar que no es normal amar a sus vacas y estar sacando provecho de ellas. Pierre es el ejemplo perfecto de lo que la autora Laura Fernández llama “disonancia cognitiva” en su libro “Hacia mundos más animales”. Valores y hábitos que entran en contradicción. Pero que aquella persona que los vive nunca llega a cuestionarse.

En Pierre también se da esa dicotomía de muchas personas capaces

de amar a su perro o su gato y comer otros animales al mismo tiempo. Esa preferencia de unos por encima de otros. Claramente es lo que le sucede con la ternera Binou. Al estar su madre contagiada, Pierre se hace cargo de ella y la retira del establo. Se convierte casi en su perrito. La baña en su bañera y la tiene todo el día en el sofá de casa. Se sienta junto a ella y la acaricia. Cuando viaja en su camión, Binou va en el asiento del copiloto. Binou es la representación de todas aquellas vidas a las que quiere salvar y la metáfora más grande de su amor, el amor a la única cosa que da sentido a su vida: sus vacas. Cuando el crudo final llega, Binou será la única que no morirá a manos de los veterinarios burócratas. Él mismo es quien la duerme y quien la lleva en brazos hasta donde están los cuerpos sin vida de todas sus vacas. Binou en sus brazos es la lucha perdida, la rendición ante el sistema, el dolor de aquello que te arrancan.



A lo largo de todo este periplo, y a pesar de todo, Pierre vive un proceso de mimetización con sus animales. Como ellas, Pierre es silencioso, es alguien de pocas palabras, siempre concentrado o contemplando los campos, no es alguien que guste de conversar o de estar en compañía. Pero la simbiosis con sus vacas queda ilustrada claramente en una de las escenas ritual de la película que tiene lugar en la sala de ordeño. Con Pierre muy preocupado porque dos de sus vacas se han contagiado y mientras las está ordeñando, vemos cómo el desasosiego crece en su interior. Con un excelente uso del sonido como generador de tensión, escuchamos cómo la leche va siendo succionada, nos agobiamos con la respiración jadeante de las vacas, con el ruido de la máquina mientras ordeña... como contrapunto, cada vez tenemos planos más cortos de ellas, insertos de sus venas, planos cortos de sus ojos que miran a Pierre, y planos cada vez más cortos de los ojos de Pierre mirándolas a su vez. Finalmente, un plano macro del ojo de una vaca que observa a Pierre. La angustia máxima. La incomprensión del animal ante su existencia y el miedo de Pierre a perderlas. Ambos acaban siendo uno. Como dijo Rimbaud: “Je est un autre” (“el otro soy yo”).

Esta mimetización, este “ser el otro”, llega hasta tal punto que finalmente la zoonosis se produce y Pierre es contagiado de esta fiebre hemorrágica. Los primeros síntomas son unos picores en su espalda y posteriormente descubrimos cómo ésta

sangra de la misma forma en que lo hacen los lomos de sus vacas. Entendemos entonces que el destino que les espera es el mismo. La lucha y los obstáculos de este pequeño David siguen creciendo sin cesar.

Pierre acaba por perderlo todo. Todos sus animales. Su credibilidad ante el resto de las granjas de la región. Su puesto como “príncipe de las vacas”. Su sustento. Cuando el despertador suena por la mañana, ya no tiene nada que hacer. No tiene dónde ir. En sus sueños ya no aparecen las vacas ocupándolo todo. Pierre, como alma en pena, pasea por los campos que antes estaban poblados por sus amigas mientras pastaban. Ahora sólo está él, caminando sin rumbo, esperando su final. En la última secuencia, le vemos alejándose por un camino entre campos. Se detiene a contemplar una vaca. Se miran unos segundos. Probablemente, se reconocen casi como una misma persona. Pierre sigue caminando. Se lo han quitado todo. Pero su amor por ellas siempre le acompañará.

T.O.: *Petit paysan*. **Productora:** Domino Films, France 2 Cinema, Canal +., France Télévisions, OCS, CNC, Fondation GAN pour le cinema, Région Grand Est, Indéfilms 5 (Francia, 2017). **Dirección:** Hubert Charuel. **Guion:** Hubert Charuel y Claude Le Pape. **Fotografía:** Sébastien Goepfert. **Reparto:** Swann Arlaud, Sara Giraudeau, Isabelle Candelier, Bouli Lanners, Valentin Lespinasse, Clément Bresson, Jean Charuel. **Duración:** 90 min.

